

XII

¿JACSON, MORNARD, TORKOFF O ... ?

Aruegos míos, el 31 de agosto por la mañana visitaron por sorpresa a Jacson-Mornard el señor W. Loridan, Encargado de Negocios de Bélgica en México, y su colaborador inmediato señor Vasthaliti. El valioso resultado de esta gestión está contenido en el escrito que con fecha 2 de septiembre tuvo a bien remitirme el primero de dichos señores. Lo reproduzco a continuación:

"En el curso de la entrevista que tuve el sábado 31 de agosto con el inculpado, Jacson-Mornard, llegué a la conclusión de que éste no es de nacionalidad belga ni conoce Bélgica y que todas sus declaraciones a este respecto son mentirosas.

"1.—El detenido pretende ser hijo de un Ministro de Bélgica y haber nacido en la Legación de ese país en Teherán. Ahora bien, no ha habido diplomático belga alguno apellidado Mornard y el que representó a mi país en Persia, de 1904 a 1908, fué el señor Marc t'Serstevens, sustituido en 1908 por el señor Havenith.

"Cuando le pregunté a Jacson qué otros cargos diplomáticos había desempeñado su padre, contestó que lo ignoraba absolutamente, lo que es una ignorancia muy curiosa por parte de un hijo.

"2.—El detenido dijo también ignorar qué puestos ocupó su hermano, que él afirma es secretario de consulado (título que no existe en Bélgica), pero Jacson cree que su hermano se encontraba en Bruselas en disponibilidad y no en el Ministerio de Asuntos Extranjeros.

"3.—El asesino me afirmó haber estudiado en la Universidad de Bruselas, en la Facultad de Ciencias. Le dije que yo había estudiado en la misma Universidad y le pregunté si recordaba los apellidos de algunos profesores. No recordó apellido alguno.

"4.—El inculpado pretende haber estudiado y terminado los cursos de la Escuela Militar en ... Dixmude (pequeña ciudad de Flandes donde no existe ninguna escuela militar). En Bélgica, como en todos los países del mundo, la disciplina es sumamente estricta en la Escuela Militar, y a pesar de ello, Jacson pretende haber obtenido permiso para seguir como oyente los cursos de la Universidad de Bruselas. Cabe notar que Bruselas está a 130 kilómetros de Dixmude.

"5.—Jacson pretende haber estudiado en el Colegio de Jesuitas "San Ignacio de Loyola" de Bruselas (este Colegio no existe), según él situado cerca del bosque, en la Calzada de Waterloo. Ahora bien, los colegios de los jesuitas en Bruselas se encuentran ubicados en un rumbo distinto.

"6.—El detenido afirma que su madre vivió por mucho tiempo en el número 1 de la "Chaussée du Havre". En Bruselas no existe ninguna "Chaussée du Havre", pero bien una "Chaussée de Wavre". El número 1 de dicha Calzada está ocupado por un gran almacén muy conocido de los bruselenses. El inculpado empezó por decir que su madre no vivía en un almacén, pero viendo sin duda el escepticismo en mi rostro, agregó: "Hay un almacén abajo, pero mi madre vivía arriba".

"7.—Un hombre que terminó los cursos de la Escuela Militar en Bélgica y que pretende haber estudiado en Dixmude (en la parte flamenca del país), debe cuando menos tener conocimientos elementales de lengua flamenca. Ahora bien, el detenido no entendió las frases simples que yo pronuncié en este idioma y queriendo de todas maneras contestar "no" ("neen" en flamenco), contestó "nein" en alemán. Los extranjeros que han vivido aunque sea un corto tiempo en Bélgica saben que "no" se dice "neen" en flamenco.

"Lo que antecede, así como algunas otras contestaciones que el asesino hizo, tanto a mí como a mi colaborador, señor Vasthaliti, en las entrevistas que, se tuvieron con él, bastan para demostrar que no es belga y que no tiene conocimiento alguno de Bélgica.

W. LORIDAN".

Este valioso documento venía a corroborar las conclusiones de la investigación: Jacson-Mórnard había mentido, su tesis era falsa desde el comienzo hasta el fin.

Debo hacer constar aquí qué, desde los primeros días de la investigación, empecé a recibir misteriosas cartas de los Estados Unidos tratando de desviarme del camino emprendido. Según dichas cartas, Jacson-Mornard había dicho la verdad: era un adepto engañado por Trotski. ¿Quién inspiraba su envío? Sin duda alguna, la propia G. P. U. En Estados Unidos —y más concretamente, en Nueva York— residían los elementos guepeuistas que habían organizado el asalto del 24 de mayo y según todas las deducciones, que habían armado y dirigido el brazo del asesino material de Trotski. Claro está que la coacción moral que representaban dichas cartas no podía ejercer efecto alguno sobre mí.

Con el Juez de Instrucción, licenciado Raúl Carrancá Trujillo, ilustre jurisconsulto y hombre íntegro, las cosas llegaron más lejos. Con fecha 2 de septiembre recibí una carta anónima que decía textualmente:

“Cualesquiera gestión que haga usted en el proceso que se instruye a Jacques Mornard por el homicidio de Trotski, que tienda a hacerlo declarar que es agente de la G. P. U. y por ende a aclarar una cuestión internacional de honda y gravísima trascendencia, lo pagará usted muy caro. Recuerde usted que la acción poderosa de una organización perfecta se infiltró hasta una mansión que se creía inexpugnable. Concrétese usted a buscar una causa ordinaria sin pretender en lo más mínimo hurgar más allá de las fronteras de un asunto trillado. No olvide, camarada Juez, que puede usted ser premiado o castigado según sea su actuación. No lo olvide y tenga siempre presente, durante la secuela del juicio, que hay mil ojos sobre usted, de todas las razas, que vigilan sus actos. Salud, camarada”.

Naturalmente, semejantes amenazas no podían desviar a las autoridades mexicanas del camino de su deber. Más bien venían a confirmarnos lo que ya sabíamos: que detrás de Jacson-Mornard se encontraba la siniestra organización policiaca rusa: la G. P. U.

Fué en la siguiente fase de la investigación donde logramos calar más hondo en la verdad. Se hizo, en efecto, no poca luz en torno a la personalidad del asesino y al asesinato, gracias en mucha parte a la celosa y eficiente colaboración del agente número 63, René T. Urquidi. Logramos averiguar que el once de abril había ido Frank Jacson a vivir a un campo para turistas, propiedad del señor Shirley.

Una mañana me trasladé, en compañía de Urquidi, a aquel lugar, situado cerca del Hospital de Colonia, de la ya desaparecida estación de ferrocarriles de ese nombre. Se trataba de un lugar discreto, de ambiente norteamericano, con amplios y confortables departamentos circundados por verdes pastos y floridas plantas. El ostentoso lujo de la pensión denotaba a las claras el alto costo de su renta. Nos atendió el mismo señor Shirley, aquella y cuantas veces acudimos a él. Sus informes personales y el libro de registro del pasaje me revelaron que Frank Jacson había declarado ser de nacionalidad canadiense; que permaneció cinco días ausente y regresó el dieciséis del mismo abril; que tenía un coche Buick, con placa mexicana, si bien no poseía licencia para manejar. Permaneció en el campo turístico hasta el trece de junio, en que dijo emprender viaje a “su país, el Canadá”. (Existe aquí un error de fechas, pues Jacson salió para los Estados Unidos —y no para el Canadá— el doce de junio). Durante todo este tiempo hizo el señor Shirley no pocas e interesantes observaciones.

Frank Jacson recibía algunas visitas y muchos telefonemas, particularmente de señoras. Una de las damas que le telefoneaba tenía acento ruso. Cierta día se presentaron a visitarlo dos individuos, al parecer mexicanos. En lugar de recibirlos inmediatamente, Jacson salió de su habitación y se dirigió al garaje donde tenía guardado su automóvil. Regresó algunos minutos más tarde y los dos individuos en cuestión seguían aguardándolo. Jacson los observó desde una ventana. Después salió al jardín con los visitantes. Estos le mostraron dos credenciales, sin duda para identificarse. Jacson volvió entonces a su habitación y bajó con un papel, que mostró a los desconocidos. Cerca de hora y media estuvieron conversando con aire misterioso. El señor Shirley venía observando que cada vez que Jacson hablaba por teléfono o con alguna persona en el despacho, recargaba la espalda contra la pared y mantenía fija la vista hacia la puerta de entrada, con visibles muestras de desconfianza. Idéntica actitud guardó en esta ocasión: se situó en el jardín, de manera que podía dominar las entradas y no apartaba los ojos de ellas, como el que teme ser vigilado o bien atacado por sorpresa. Todo esto parecía evidenciar que Jacson se sentía, en efecto, constantemente vigilado y coaccionado por personas que ejercían un extraño poder sobre él. ¿Quiénes eran esas personas? No era difícil adivinarlo: los agentes de la G. P. U., que formaban toda una red en torno suyo.

El día que Jacson salió para Nueva York, donde dió como domicilio el de Silvia Ageloff —50 Livingston Avenue, Brooklyn, N. Y.—, no dejó su automóvil en el garaje, sino que se lo confió a un individuo que le acompañaba y que respondía a las señas siguientes: de treinta y cinco a cuarenta años de edad, robusto, de gran estatura, moreno con la tez amarillenta, usando bigote pequeño y recortado, elegantemente vestido, con tipo indígena. Fué este individuo el que le ayudó a trasladar un baúl y algunos velices (1) al coche.

Jacson guardaba en la oficina este baúl y dos grandes velices, cuidadosamente cerrados. Eran muy pesados, sobre todo el baúl. No podían contener ropa ni objetos de uso corriente. Jacson había asegurado que guardaba en él sus instrumentos de ingeniería. Iba con frecuencia a la oficina a comprobar que nadie los había tocado. Se llegaba ahora a la conclusión de que contenían parte de las armas que sirvieron para el asalto del 24 de mayo.

Por otra parte, Jacson estaba en connivencia con el vigilante nocturno del garaje, el cual pertenecía a una organización sindical de marcada influencia comunista. En la noche del 23 al 24 de mayo dispusieron del automóvil de Jacson y en él se llevaron, después de la media noche, el baúl y las maletas, que fueron devueltas a la madrugada. Se daba otra coincidencia extraña: Jacson, que tenía depositada la suma de novecientos dólares en la caja del hotel, en la tarde del 23 sacó cien dólares, que representaban al cambio de entonces alrededor de seiscientos pesos. Podía llegarse fácilmente a esta conclusión: Jacson-Mornard no debió participar personal y directamente en el asalto del 24 de mayo (2), pero había intervenido activamente en su organización y hasta había guardado parte de las armas y uno de los automóviles que se utilizaron. Había mantenido sus relaciones, a través de la oficina del Edificio Ermita, con los principales jefes del asalto: el "judío francés", David Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol.

Respecto del automóvil de Jacson-Mornard se daba otra circunstancia por demás extraña. Su dueño lo utilizaba casi todos los fines de semana para abandonar, según decía, la capital. Lo utilizó también, según demostraban los registros, los días 27 y 30 de mayo y los 4, 6 y 12 de junio, día éste último de su salida para Nueva York. De estas salidas volvía el automóvil generalmente cubierto de polvo y de barro, prueba evidente de que habían viajado con él por carretera. A pesar de lo cual, el marcador señalaba siempre el mismo kilometraje: 32.437 kilómetros recorridos. No se registró nunca la menor variación. Un empleado del garaje le hizo observar a Jacson que estaba desconectado el indicador y éste explicó que pensaba vender el coche y no quería que aumentara el kilometraje. Evidentemente se trataba de una sabia precaución para que no se pudiera averiguar nunca, por las distancias recorridas, los lugares donde había podido estar Jacson durante sus salidas fuera de la capital. Semejante precaución no era propia de un criminal —o unos criminales— cualesquiera. Denotaba toda una técnica de organización.

Otra averiguación de fundamental importancia fué la referente al zapapico del crimen. El señor Shirley tenía un hijo ya mayorcito aficionado al alpinismo. De estas aficiones había conversado más de una vez con Jacson. Cuatro años antes el joven Shirley había adquirido un zapapico para sus excursiones. Al día siguiente del atentado contra Trotsky, al enterarse por la prensa de que este atentado se había llevado a cabo con uno de esos instrumentos, el padre le preguntó al hijo por el zapapico. Este había desaparecido misteriosamente del lugar donde lo guardaba. Jacson se había apoderado de él para consumir el crimen.

Pero el descubrimiento más importante fué el referente al pasaporte falso que había utilizado Frank Jacson para venir a México. Dicho pasaporte había sido expedido, el 22 de marzo de 1937 y con el número 31377, por el Departamento de Asuntos Exteriores de Ottawa, Canadá. Su primitivo poseedor había nacido el 13 de junio de 1905 en Lovinac, Reino de Yugoslavia, habiendo adquirido la naturalización canadiense en 1929. Según los datos que obraban en dicho Departamento de Ottawa, el famoso pasaporte le había sido expedido al yugoeslavo-canadiense Tony Babich, el cual habíalo solicitado en la fecha antes indicada con intención de dirigirse a su país de origen a ver su familia. Se trataba, en realidad, de un pretexto: el tal Tony Babich habíase dirigido a España y había ingresado en las Brigadas Internacionales que, al lado del Ejército Republicano y bajo la dirección dictatorial de los comunistas, habían combatido contra Franco. Como era usual en dichas brigadas, los comisarios comunistas —en realidad la G. P. U.— habíanle confiscado a Babich su pasaporte y toda su documentación (3). El Gobierno de la República Española anunció poco después la muerte en campaña del voluntario Tony Babich.

El mismo pasaporte aparecía tres años después en México, pero con el nombre cambiado y con la fotografía de otro sujeto. Es evidente que sólo la G. P. U. había podido volver a utilizar, de la manera ya dicha, el

famoso pasaporte. Por eso habían tenido Jacson-Mornard y la G. P. U. tal interés en destruirlo antes del atentado contra Trotski. Pero en el Servicio Migratorio de la Secretaría de Gobernación constaban, sin embargo, los datos gracias a los cuales había podido restablecerse la verdad: el número del documento, la ciudad y la fecha en que había sido extendido. Así, no nos fué difícil averiguar el nombre original de su verdadero poseedor y todos los demás datos.

Un mes más tarde pude adquirir otro valiosísimo dato sobre la verdadera personalidad del asesino material de León Trotski. El agente Urquidi, protegido por la casualidad, que suele ponerse con frecuencia al servicio de la policía diligente, conoció en una peluquería a un viejo aviador de nacionalidad rusa. Se apellidaba Plufea y prestaba sus servicios en la Compañía Mexicana de Aviación. Le dijo éste que la fotografía de Jacson-Mornard que había visto en los periódicos, correspondía a la persona de un antiguo chofer suyo, en un tiempo en que se dedicaba él al comercio. Este chofer se llamaba entonces Salvador Torkoff y era de origen ruso como él mismo. Si lo despidió fué porque, con ocasión de un viaje que hicieron a los Estados Unidos, había intentado pasar artículos de contrabando en su automóvil sin conocimiento suyo, motivo por el cual había sido détenido.

Hícele venir a mi despacho. Era un hombre ya de cierta edad, de aspecto simpático y serio. No se había presentado espontáneamente por temor, sin duda, a que pudiera ocurrirle algo. Le prometí la protección de las autoridades en el caso de verse amenazado. Me dió entonces varios informes precisos. El detenido, a juzgar por las fotografías que de él había visto, se llamaba —por lo menos en aquel tiempo— Salvador Torkoff y era o aparecía como de nacionalidad rumana. En 1923-1924, siendo muy joven, había estado de chofer en Ciudad Juárez con una señorita llamada Julia Anita Treviño. También estuvo con ella en El Paso, Texas. En 1927-1928 había sido chofer de un señor Wolf. Dos años antes había logrado escapar de las Oficinas de Migración de El Paso. Aprehendido en el mismo año por las autoridades migratorias de Nuevo México, había logrado escapar de nuevo y pasar a la República Mexicana.

Lo conduje a la Sexta Delegación, donde todavía se hallaba Jacson-Mornard, y lo dejé con dos agentes. Pasé yo a ver al homicida de Trotski, lo saludé cordialmente y le prometí llevarle algunos libros. Luego le dije que un viejo amigo suyo, de nacionalidad rusa, deseaba saludarlo el día que le pareciera bien. Me miró con manifiesta desconfianza y me dijo:

—Yo no tengo aquí amigos rusos. Me sorprende mucho eso que usted me dice.

—Parece que lo conoció usted hace ya años, aquí en México —le dije.

—Yo nunca había estado antes en México, Coronel —aseguró con aplomo.

Pretextando ir en busca de los libros, lo dejé. Sin que él advirtiera nada conduje al viejo aviador ruso a un seguro cercano al de Jacson-Mornard, instruyéndole sobre lo que debía hacer. Me llegué de nuevo al homicida y lo invité a salir de su celda para que tomara el sol, colocándolo de manera que pudiera verlo y observarlo a su antojo el aviador. Pasados unos cuantos minutos, salió éste bruscamente del lugar donde estaba oculto y, adelantándose hacia el asesino en actitud de abrazarle, le dijo en ruso:

—¡Hola, amigo Torkoff!

Jacson-Mornard se quedó grandemente sorprendido. Abrió los brazos en forma espontánea y adiviné a flor de labios una respuesta ... Luego dio un paso atrás al comprender que podía descubrirse, reaccionó vivamente y replicó en correcto español:

—Yo no lo conozco a usted ni hablo ruso.

—¿Quién es usted? El viejo aviador le dijo en ruso:

—Recuerda cuando estuviste a mi servicio y el percance que tuviste en la frontera de los Estados Unidos. No has cambiado; tienes la misma fisonomía.

Jaeson-Mornard recurrió a su vieja táctica: enmudeció obstinadamente. Antes de retirarnos, le dije:

—No cabe duda que eres Salvador Torkoff.

Mientras nos alejábamos, el viejo aviador ruso me iba diciendo:

—Puedo asegurarle que no me he equivocado: se trata de Salvador Torkoff.

Me explicaba ahora que .el asesino de León Trótski conociera tan bien el español. Resultaba difícil, por no decir imposible, que hubiera aprendido a hablarlo tan correctamente durante los breves meses que decía haber estado en México. Sin duda había permanecido los últimos años en Europa. Seguramente había estado en España durante la guerra civil. Quizá había entrado allí al servicio de la G. P. U., si es que no pertenecía ya antes a esta siniestra organización.

(1). Criollismo: maleta o valija (N.del E)

(2). Natalia Sedova y los trotskistas creen que Jacson fué quien consiguió que Sheldon abriera la puerta de la casa de Trotski. No es imposible, pero sí poco probable, pues lógicamente se le guardó en reserva, sin comprometerle directamente. En todo caso, ni Néstor Sánchez ni los policías que guardaban la casa le reconocieron como uno de los asaltantes directos.

(3). La G. P. U. ha utilizado múltiples pasaportes —y otros documentos en general— de los extranjeros muertos en la guerra española. En el libro sobre el espionaje ruso en Canadá, la Comisión Real da cuenta de un caso semejante con un canadiense llamado Ignacio Samuel Witczak, al que se le extendió un pasaporte en Toronto, el 12 de marzo de 1937, el cual le fué retirado en Albacete, donde operaba el Estado Mayor comunista de las Brigadas Internacionales. No se sabe el uso que la G. P. U. Hizo de este documento. (J. ,G.)

